



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007: ESCRITOS ACADEMICOS
CAJA	023
EXP.	138
DOC	1
FOJAS	4
FECHA (S)	2007

Juan Ramón:

BFFC23E138D1F1

Con mi cariño, admiración

y mi agradecimiento por esos bellos libros

EL ESPIRAL DEL PENSAMIENTO que te vieron

LA BIBLIOTECA DE BEATRIZ DE LA FUENTE PARA crecer.

OAXACA

Ma Isabel

María Isabel Grañén Porrúa

Oct-2007

19 de Octubre de 2007

Los libros nos hacen. Un lector se forja en base a lo que lee. La palabra, entonces, nos esculpe, nos forma, se arraiga en el pensamiento y se vuelve parte de los sentimientos. Una persona puede ser conocida por el tipo de libros que guarda en los estantes de su biblioteca porque su gusto y sus intereses quedan reflejados en la selección elegida. Pasan los años y los libros nos invaden, se nota que las oportunidades de conseguir los ejemplares que nos hacen amena la vida han sido reconfortantes. Sin embargo, nos vemos en la necesidad de desechar algunos volúmenes para dar cobijo a nuevos títulos. Ah, ¡qué difícil tarea! Aún así, con todas las depuraciones, los libros se reproducen como plaga, se multiplican, inundan nuestro hogar: comienzan en un estante, pasan a otro, llenan un librero, luego otro y otro; después los libreros salen hacia la sala, al comedor, a la cocina, a nuestra habitación y nos encontramos viviendo entre libros, libros y más libros. Esta es una de las maneras en que nuestro espíritu invade cada rincón de nuestra casa. Marco Tulio Cicerón decía: “un hogar sin libros, es como un cuerpo sin alma”.

¡Cuántas historias podríamos contar de las bibliotecas personales! Habría que narrar las peripecias para que cada libro llegara a nuestras manos, bastaría con recordar los párrafos elocuentes que han hecho eco en nuestro interior o las palabras que nos han llevado descubrir el mundo.

Pasamos horas y horas envueltos en nuestras propias bibliotecas, elevamos la mirada y evocamos aquel proverbio hindú: “un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado, un amigo que espera;

olvidado, un alma que perdona; destruido, un corazón que llorá'. Y si la vida nos lo permite, nos preguntamos: ¿qué será de nuestros libros cuando estemos ausentes?... Existen demasiadas historias tristes sobre el destino de las bibliotecas particulares: colecciones dispersas, libros sentenciados al consumo de subastas, ejemplares llenos de polvo y olvido, herederos peleados por un pedazo de papel, volúmenes encerrados en salas, baúles y bodegas. También existen casos afortunados en que algún lector interesado conserva una biblioteca completa, aunque jamás es concebida con la misma curiosidad con la que fue seleccionada. El mejor destino, a mi parecer, es que nuestros libros sean puestos al público para que así como las abejas, lleven el polen de una inteligencia a otra.

Hace unas semanas, un amigo me comentó que Oaxaca se estaba convirtiendo en una biblioteca eterna. Me vino a la mente una espiral que a partir de un punto, el círculo comienza a hacerse mayor, crece conforme se suma a los demás círculos. Así la biblioteca eterna de Oaxaca comenzó con la ilusión de una persona hace veinte años: Francisco Toledo creó una biblioteca de arte, que con el tiempo se ha convertido en una de las mejores del país. Toledo también incrementó el acervo de la biblioteca de Bellas Artes de la UABJO, promovió el rescate del fondo antiguo de esta institución, que ahora es conocida como la Biblioteca Francisco de Burgoa, creó la Biblioteca para invidentes Jorge Luis Borges y la Biblioteca del Jardín Etnobotánico. La familia Bustamante Vasconcelos fue tan generosa que abrió las puertas de una casa para que el público pudiera acceder a sus libros. Alfredo Harp Helú fundó el Museo de Filatelia de Oaxaca, en el que se instaló la biblioteca de don José Lorenzo Cossío, una de las más importantes en cuestiones filatélicas de México. También se logró llevar a cabo el sueño de don Andrés Henestrosa al ofrecer su biblioteca a Oaxaca y recientemente tuvimos la fortuna de inaugurar una muy concurrida biblioteca infantil. Hace dos años, los descendientes del historiador Jorge Fernando Iturrubarría donaron la biblioteca de su padre a la Biblioteca Burgoa y al verla instalada en el bello espacio

del ex convento de Santo Domingo, sus primos, los nietos del licenciado Martínez Vigil, siguieron el mismo camino que sus parientes. Hace unos meses, Alfredo Harp Helú tuvo a bien adquirir el acervo de don Luis Castañeda Guzmán, bien conocido por sus tesoros documentales y bibliográficos y lo donó también a Oaxaca.

Estos espacios han sido la esperanza de muchos jóvenes, han sembrado la perspectiva para formar ciudadanos pensantes y se han convertido en sitios de encuentro, de pensamiento y reflexión. En unos cuantos años, el ámbito cultural oaxaqueño se fortaleció gracias a estas áreas de convivencia pacífica, en las que no sólo se han aportado libros, sino se han creado lectores.

Doña Beatriz de la Fuente también quiso incrementar este deseo de transformación de la sociedad a través del pensamiento. Para fortuna de los habitantes de esta ciudad, decidió donar su biblioteca a Oaxaca. Sus descendientes estuvieron de acuerdo y ésta se convirtió en el corazón de la sede de la UNAM en la capital del estado.

Imagino a Beatriz, al rector Juan Ramón, a Magdalena y Gabriela de la Fuente que, al conocer el deseo de su madre, recordaron haber corrido entre esos libros que los vieron crecer, seguramente fueron seducidos por algunos textos, se gratificaron al ver publicadas obras de su madre, despejaron sus dudas en los diccionarios, utilizaron contenidos para sus propias investigaciones y vieron frecuentemente a doña Beatriz rodeada de sus tesoros bibliográficos. Seguramente, no habría otro lugar más cómodo y querido para ella. Sin duda, sus hijos eligieron el mejor camino: doña Beatriz seguirá viva a través de los tomos de su biblioteca, estará mejor reunida que mutilada; sus gustos y sus intereses perdurarán por generaciones, no sólo entre sus hijos, sino sus nietos como Alonso y Beatriz que hoy nos acompañan, sus bisnietos y los que sigan podrán tener acceso a este valioso

patrimonio que refleja su amor por la palabra escrita y en especial por el arte prehispánico de Mesoamérica.

Como habitante de la ciudad de Oaxaca, como historiadora del arte y como amante de los libros, felicito a la familia de la Fuente por hacer realidad la voluntad de doña Beatriz y dejar que su biblioteca pueda ser disfrutada por muchas personas. Asimismo, agradezco a la UNAM su apertura hacia la provincia para mejorar las condiciones educativas de tantos mexicanos. Abrir sedes y bibliotecas no significa cumplir objetivos, hay que darles vida, por eso celebro que esta semana se lleve a cabo el Coloquio Internacional del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM en Oaxaca para sembrar más espirales que consoliden a esta ciudad en pensamiento eterno.